

manistas pertenecientes al Sud de Italia: Juan Gioviano Pontano y Antonio Galateo.

Pontano (1426-1503) (1) manifiesta en sus escritos haberse apropiado las ideas de la heroica Antigüedad, en términos que no pueden menos de considerarse sumamente peligrosos. En su lucha contra la superstición, fué más allá de la raya, llegando hasta atacar la invocación de los Santos, la cual se atrevió audazmente á equiparar con la idolatría de los antiguos. Al propio tiempo escribió Pontano, como dócil discípulo de Beccadelli, poemas donde imitó toda la liviandad de la decadencia romana. Algunas de estas composiciones están penetradas de repugnante cinismo, y sus descripciones de la vida frívola que se llevaba en los baños de Bayas, están llenas de ardiente sensualidad. Todavía en su edad avanzada compuso poemas por extremo licenciosos sobre su propia vida inmoral. Otro carácter parecido al de Pontano, es el de su discípulo *Marullus*, quien, en sus himnos á la Naturaleza, celebra á los varios dioses antiguos casi como seres de real existencia. «Y habiendo Erasmo hallado el poema demasiado poco cristiano, recibióse esto como una intencionada ofensa á los italianos, y se contestó irónicamente: que desear musas cristianas era desearlas bárbaras» (2). Pontano fué, en Nápoles, el centro de una asociación de eruditos, que tomó el nombre de *Academia Pontaniana*. Lo propio que en la Academia Romana de Pomponio Leto, tomaban sus miembros nombres latinos: Pontano se llamó Joviano en lugar de Juan, y Sannazaro, Actius Sincerus (3).

Galateo, que era asimismo miembro de aquel círculo de eruditos, es autor de un notable diálogo que lleva el título de «Eremita». Esta composición no sólo contiene rudos ataques contra el clero y apasionadas querellas contra Roma, sino impugna también, con burlas y veras, algunas doctrinas de la fe; se ridiculizan algunos personajes venerables de la historia bíblica y eclesiástica,

lett., XXIX, 410-411), esto se ha de atribuir á la religiosidad precedente; pero no demuestra (como tampoco los escritos edificantes de Pietro Aretino), que tales hombres dejasen de pertenecer al Renacimiento pagano.

(1) Cf. las biografías de Pontano, por Sarno (Napoli, 1761) y Tallarigo (Napoli, 1874), como también Rossi, Quattrocento, 340 s., 344 s., 346, 355, y Gothein, en los pasajes citados en la p. 167, nota 3.

(2) Gothein, 34, 427 s., 439 s., 449 s., 537 s., 594 y Gaspary, II, 299 s., 301 ss., 307 s., 317 s.

(3) Gaspary, II, 301.

y se llega hasta á escarnecer á San Jerónimo por sus declaraciones contra los clásicos paganos. Pero aquel extraño escrito termina con un fervoroso himno á María (1).

El mismo hombre que tan rudamente había atacado á Roma en aquel diálogo, dirigióse en tiempo de Julio II á la Ciudad eterna, para ofrecer al Papa una copia del «documento original griego» de la donación de Constantino (2). Desde Nápoles había en otro tiempo atacado Valla esta donación (3), y ahora un humanista napolitano salía á la defensa del mismo documento, del cual se burlaba poco después Ariosto, diciendo hallarse en la luna, entre otras cosas fútiles (4).

Si consideramos en su conjunto á los humanistas, podemos decir verdaderamente, que el exagerado entusiasmo por la Antigüedad debilitó en ellos, casi sin advertirlo, el entusiasmo religioso. Al paso que se menospreciaba la Edad Media, y sólo se concedía valor á la Antigüedad clásica, se fué produciendo una peligrosa indiferencia respecto de las diversas religiones. Lo propiamente cristiano y dogmático, y en general todo cuanto procedía de la Edad Media, pareció bárbaro á los apasionados entusiastas del Renacimiento. Indiferentes á la esencial distinción hecha por la Iglesia entre el Cristianismo y el Paganismo, mezclaban los tales una y otra religión, llegando á vestir los pensamientos cristianos con el lenguaje gentilico. Dios se volvió á llamar Júpiter, como ya le había llamado Dante, Sommo Jove; el cielo, Olimpo, los Santos, dioses, y la excomunió, *dirae*. Donde quiera tocaban aquellos humanistas al Cristianismo, lo paganizaban (5). El

(1) Gothein, 462 s., quien utilizó el diálogo de Galateo que se halla en un manuscrito de la biblioteca de Nápoles, y da de él un análisis muy circunstanciado, pues, como él dice, «apenas hay que esperar que este documento se publique en breve». Ignoraba, pues, que este diálogo estaba impreso hacía mucho tiempo en la Collana di Scrittori di Terra d'Otranto II (Lecce, 1875), 1 ss. N. Barone (Studi sulla vita de A. Galateo, 83) ha descuidado consultar las explicaciones de Gothein. El cree (36), que el diálogo se compuso hacia 1496.

(2) Barone, Studi, 47 ss. Bartholomaeus Picernus de Montearduo compuso una traducción latina del documento de la donación, y la dedicó á Julio II; sobre un ejemplar incompleto de este manuscrito, v. Innsbr. Zeitschr. f. kath. Theol., 1898, p. 189; uno completo se halla en la biblioteca palatina de Munich.

(3) Cf. nuestras indicaciones, vol. I, p. 128 s.

(4) Orlando Furioso, XXXIV, 80. Cf. el estudio de Gabotto, 224, citado más arriba, p. 155. El embajador veneciano G. Donatto, hablando con Alejandro VI, se expresó en son de burla acerca de la donación de Constantino. Cf. sobre esto Cian, Cortegiana, 201.

(5) Burckhardt, II^o, 277-278; cf. 201 y I^o, 177, 201 s.; Gregorovius, VII^o, 498;

poeta Publio Gregorio de Città di Castello invocó á las musas al par de la Santísima Trinidad y la Virgen María; y dice que María «abre y cierra las puertas del Olimpo» (1). Todavía va más allá Pontano, el cual, no sólo da á los Santos el título de *divus*, sino hasta el de *deus*; tenía á los ángeles como sencillamente idénticos con los genios de la gentilidad, y el estado de las almas después de la muerte, descrito por él, se parece mucho al reino de las sombras de que hablan los antiguos (2). En gran parte por puros deseos de imitar á los antiguos poetas de la decadencia, componían poemas obscenos (3). Algunos humanistas eran tan audaces, que no tenían dificultad en poner lo obsceno á continuación de lo santo. Una colección manuscrita de poesías del tiempo de Alejandro VI, contiene una serie de epigramas donde se celebra primero á la Virgen María y á muchas santas mujeres, y luego, con la misma inspiración y sin separación ni observación ninguna, celebra á las cortesanas de su tiempo. Semejante manera de equiparar estas cosas, demuestra cuánto había embotado el nuevo paganismo los sentimientos morales y religiosos (4).

No sería exageración si afirmáramos que la imitación de los antiguos llegó á constituir, en muchos partidarios del Renacimiento pagano, una verdadera manía; los dechados que se proponían eran, ante todo: como tiranos, César y Augusto; como republicanos, Bruto; como generales, Escipión y Aníbal; como filósofos, Aristóteles y Platón; como escritores, Cicerón y Virgilio (5).

Lo propio que algunas obras de arte de aquella época (6), se ve, aun en humanistas tan sinceramente cristianos como Bautista Spagnolo y Jacobo Sannazaro, lo pagano y lo cristiano mezclados por extraña manera (7). Al principio del primer libro de su ce-

Piper, *Mythologie*, I, 280; Gruyer, 176; Schneegans, 199 s.; Rossi, *Quattrocento*, 45, 190, 192.

(1) Gabotto, *Publio Gregorio da Città di Castello* (ibid., 1890), 25.

(2) Burckhardt, *IP*, 278. Sobre la justificada oposición de Savonarola á tales poetas, cf. Glossner, *Savonarola als Apologet und Philosoph* (Paderborn, 1898), 20 s.

(3) Cf. Lazzari, 7 ss.

(4) **Epitaphia clarissimarum mulierum que virtute, arte aut aliqua nota claruerunt*. Cod. de Hartmann Schedel, perteneciente á la *Biblioteca pública de Munich*. V. Gregorovius, *L. Borgia* 89 (3 edición, 96).

(5) Villari, *Machiavelli*, I, 25.

(6) Cf. más abajo, p. 149 s.

(7) V. Gabotto, *Un poeta beatificato*. Schizzo di Battista Spagnolo da Mantova. Venezia, 1892; *La fede* di J. Sannazaro. Bologna, 1891, y Piper, *Mytholo-*

lebrado poema sobre la Natividad de Cristo, invoca Sannazaro á las musas después de los ángeles. El poeta designa generalmente el cielo con el nombre de Olimpo, á Dios Padre con el de Tonante ó Dominador del Alto Olimpo ó Rey de los dioses. Cristo es celebrado como Padre de los dioses, María como Diosa Madre y Reina de las diosas. Verdad es que el poeta acentúa, que la fábula de los dioses no puede sostenerse ante la luz de la historia evangélica; pero, sin embargo, continúa mezclando los mitos con las ideas cristianas. Las fiebres mortales, se dice en la descripción de los milagros de Cristo, cederían ante Él, la ira de Diana se aplacaría, las Furias serían arrojadas al Tártaro y los posesos sanados. Por ventura en grado todavía mayor, rindió homenaje á este mal gusto Pedro Bembo, cuyos epitafios celebran á los difuntos de una manera totalmente pagana. En su himno á San Esteban, se muestra Dios Padre en su gloria en medio del Olimpo, Cristo como «el sublime héroe», María como «resplandeciente ninfa», y al final, suplica que se aparte de él la ira de los dioses. Semejantes pruebas de mal gusto se hallan en sus epístolas, y aun como secretario particular de León X, se sirvió frecuentemente de una parecida forma de expresión (1). Los conservadores de Roma, habiendo restaurado una cisterna en el Capitolio, escribieron encima, como antiguos romanos: «Nosotros hemos cimentado este recipiente; tú, ¡oh Júpiter! llénalo con lluvias, y sé favorable á los que presiden á tu monte» (2).

Es también característica la costumbre, cada día más extendida, de usar como nombre de pila nombres griegos y romanos. Ya Petrarca llama á sus amigos Lelio, Sócrates y Simónides; se hacía nombrar él mismo Cicerón, y daba á su hija el nombre de Tulia. Una familia noble puso á sus hijos los nombres de Agamenón, Aquiles y Tydeo; un pintor llamó á su hijo Apeles y á su hija Minerva. Muchos humanistas dejaron sus nombres acostumbrados y tomaron en su lugar otros antiguos; y finalmente, se fue

(1) Piper, *Mythologie*, loc. cit. Cf. Gaspary, II, 401; Reumont, III, 2, 322 s., y Cantú, I, 189-190.

(2) Forcella, I, 32. Gregorovius, VIII³, 272 s., donde hay todavía otros ejemplos, particularmente del tiempo de León X, de los que volveremos á hablar en el tomo IV.

tan allá, que aun mozas livianas tomaron en Roma y en otras partes nombres clásicos, como Lucrecia, Casandra, Porcia, Pentesi-lea. Por semejante manera se dió también denominaciones antiguas á otras relaciones sociales, cargos y ceremonias (1). Ciertamente, al principio no se trataba sino de una moda y un juego que no debe juzgarse con excesiva severidad. Los pedantes se daban el gusto de designar cualquiera Concejo como Patres Conscripti, cualquiera comunidad de monjas como Vírgenes vestales, y dar á cualquier Santo el título de divus ó deus; al paso que personas de más fino gusto, como Paulo Giovio, no hacían probablemente en esta parte sino lo que no podían evitar. Como Giovio no parece dar á esto importancia alguna, no ofende el que en sus armoniosas frases se llame á los cardenales *senatores*, á su decano *Princeps Senatus*, las excomuniones *dirae*, el carnaval Luper-calia, etc.; y cabalmente en este autor se manifiesta con claridad cuánto debemos guardarnos de sacar, de semejantes formas de estilo, un juicio precipitado sobre toda la manera de pensar de aquellos escritores (2).

Sin embargo, semejantes juegos podían tomar un carácter peligroso. Por ventura era lo más arriesgado el aplicar la fraseología pagana del elegante estilo humanista á la ciencia teológica, como lo intentó *Paulo Cortesius*, secretario de Alejandro VI, y más adelante protonotario apostólico, en su Compendio de Dogmática publicado en 1503. Verdad es que Cortesio quiere permanecer en el terreno de la ortodoxia y refuta las falsas opiniones de los filósofos gentiles; pero está al propio tiempo penetrado de que las antiguas doctrinas de la sabiduría mundana son imprescindibles para ilustrar y esclarecer las verdades religiosas. Es indudablemente peligrosa su mofa contra la Escolástica, y asimismo el ropaje pagano de que viste Cortesio su Dogmática no carece de peligros. No sólo para designar las personas é instituciones del culto, sino también para expresar conceptos puramente teológicos, se emplean allí las expresiones paganas, y así se

(1) Además de nuestras indicaciones en los vols. anteriores, cf. especialmente Schneegans 119, Lazzari 52 y Burckhardt I, 291. Este escritor trata también de la poesía macarrónica y de la sátira burlesca del clasicismo llevado hasta la exageración por los humanistas. Hablaremos más en particular sobre esto, señaladamente sobre Folengo, en el tomo siguiente de la presente obra.

(2) Burckhardt I, 292-293. Cf. también nuestras indicaciones en la Introducción, vol. I.

llama á Cristo el Dios del rayo y del trueno, á María Madre de los dioses, y á los difuntos, *manes*. San Agustín es encomiado como dios de los teólogos y vidente Pytio de la Teología; Santo Tomás de Aquino como Apolo de la Cristiandad. Se da principio á la doctrina del pecado original, diciendo que se va á considerar allí al Faetón del género humano. El infierno se describe de una manera enteramente gentilica, como Tártaro, con sus ríos Cocito, Averno, y su laguna Estigia (1).

Forma el más rudo contraste que imaginarse puede con la tendencia humanista representada por Cortesio, la obra de *Adriano de Corneto* «Sobre la verdadera Filosofía», publicada en Bolonia en 1507; en la cual se combaten con la mayor dureza, tanto la Filosofía aristotélica como la platónica, todo el Humanismo, y generalmente toda ciencia y conocimiento humano. La fuente de toda la fe y de toda la ciencia es, según Adriano, la Sagrada Escritura: la fe precede á la ciencia; sin la fe es imposible una ciencia verdadera, y la razón humana es impotente para alcanzar el conocimiento de las cosas divinas; sólo el estudio profundo de la Biblia procura la ciencia, la felicidad y bienaventuranza. «A todos los filósofos, dice Adriano, les falta el ejemplo de la divina humildad que Cristo hizo brillar en la plenitud de los tiempos. No pregunto yo lo que los filósofos dicen; pregunto lo que hacen. Los dialécticos, cuya cabeza es Aristóteles, se ocupan en extender las redes de las demostraciones, y su arte es la disputa, de la cual debe huir el cristiano. La Dialéctica hase de desechar totalmente, y asimismo debe despreciarse el ornato de la Retórica, aplicándose á la gravedad de la Sagrada Escritura. La interpretación eclesiástica ha de dirigirse á toda la Humanidad, pues la Iglesia no se compone de algunos académicos, sino de todo el pueblo común. Nada aprovecha conocer las verdades de la Geometría, la Aritmética y la Música; y la Astrología y la Geometría, no sólo no conducen á la salud, sino enredan en errores y apartan de Dios. Conviene más alabar al Señor con el corazón, que ensalzarle con la música. Verdad es que la Gramática, y también la Literatura, pueden ser de provecho en la vida para distinguir entre lo verdadero y lo falso; pero las artes liberales no merecen este nombre; pues no son ellas quien nos hace libres, sino Cristo.

(1) Schröckh, Kirchengesch. XXXIV, 218 s. Piper, Mythologie I, 287-289, y Gebhardt, Adrian von Corneto 71 s.

Cebo del demonio son las obras de los poetas, la sabiduría de los mundanos y la pompa de las frases retóricas; las cuales encadenan los oídos y vencen el corazón, pero no le dan la hartura de la verdad. Platón y Aristóteles, los epicúreos y los estoicos están todos condenados en el infierno con el demonio, y los filósofos son los patriarcas de los herejes. No hemos de buscar las causas de las cosas, sino al Criador de ellas; la más santa y sabia simplicidad consiste en querer ser tenido por loco, y no admirar la sabiduría de la carne.»

Sin embargo, es notable la confesión: «En todo caso, si los filósofos han dicho, por ventura, algo verdadero y conforme con nuestra fe, como principalmente los platónicos, no sólo no hemos de temer por esto, sino hemos de arrebatárselo como á ilegítimos poseedores, y aplicarlo á nuestro provecho. Ciertamente es muy poco, en comparación de lo que nos ofrece la Divina Escritura.» Hacia el fin del libro, exclama Adriano: «¿Por qué he de hablar acerca de la Física, la Ética y la Lógica? Cuanto pueda sacar de allí la humana lengua, se contiene en las Sagradas Escrituras; y su autoridad es mayor que la capacidad de todo el espíritu humano.» El argumento de la obra culmina, por consiguiente, en la idea: «que toda ciencia mundana es insensatez, y sólo en Dios se halla la verdad y la sabiduría. Para llegar á Dios, para alcanzar esa sabiduría, no se necesita el conocimiento de la Filosofía ó de alguna otra disciplina; no es menester el estudio de los escritos platónicos ó aristotélicos, sino sólo y puramente una firme fe en la religión revelada, cual se contiene en la Biblia» (1).

Esta obra extraña está toda entretrejida de citas tomadas de los cuatro grandes Doctores de la Iglesia, de quien tan alto concepto tiene, pero arrancándolas de un modo totalmente arbitrario de su contexto, aduciéndolas muchas veces con poca exactitud, y escogiéndolas enteramente conforme á la tendencia y designio del autor.

Aunque en algunos puntos particulares no pueda negarse que tiene alguna razón, Adriano va en sus apreciaciones mucho más allá de los justos límites (2). Su juicio absolutamente condenato-

(1) Gebhardt, Adrian von Corneto 54-67.

(2) Así insiste con razón en la importancia de la conducta práctica y de la vida de los mismos filósofos, como también en que la enseñanza de la Iglesia debe ser generalmente inteligible y popular.

rio de la Filosofía y de las ciencias, está en contradicción con el de los Padres de la Iglesia de quien hace tanto caudal (1), en contradicción con los grandes teólogos de la Edad Media, y se opone á la actitud que tomó la Iglesia respecto de la ciencia, del Renacimiento literario y de la Antigüedad. En ninguna época desconoció la Iglesia católica el valor de ésta, principalmente como medio de formación, por más que nunca pudo considerar lo antiguo como fin supremo, ni como ideal á que deba aspirarse. La actitud de la Iglesia estaba en principio claramente señalada: lo antiguo debía utilizarse para fomentar el conocimiento natural y profundizar la conciencia específicamente cristiana, no para disiparla, y mucho menos para destruirla (2). Mas la verdad es que tanto las exageraciones de los partidarios del falso Renacimiento como el celo indiscreto de los que opinaban como Adriano, dificultaba extraordinariamente á los representantes de la Iglesia conservar el justo medio entre aquellos extremos. Y si la Iglesia no podía en manera alguna confiarse del todo al Humanismo, tampoco podía del todo desecharlo, por cuanto el estudio de los clásicos paganos ofrecía realmente el más importante é imprescindible medio de formación, y la misma literatura patristica, v. gr., no puede llegar á entenderse sin el conocimiento de la Antigüedad pagana. Era necesario, por tanto, guardar el justo medio, y teniendo todas las consideraciones á la nueva tendencia de la vida cultural y al fomento de las ciencias y las artes, se habían de conservar prácticamente en vigor las doctrinas y preceptos del Cristianismo. Estaba en la misma naturaleza de las cosas que, á pesar de toda la claridad sobre los principios que en último término se imponían, en los casos particulares se vacilara en la práctica, por cuanto se había de resolver en cada uno, qué cosas podían considerarse como lícitas y cuáles no. Además, era sumamente difícil trazar la línea divisoria entre el Renacimiento cristiano y el pagano, por cuanto ambas tendencias se hallaban en contacto, y no raras veces abigarradamente mezcladas en una misma personalidad. Fuera de que, en muchos, las apariencias del Humanismo pagano se reducían á seguir una moda superficial (3). La verdadera conciliación de los grandes con-

(1) Cf. Gebhardt 67 ss.

(2) Cf. nuestras explicaciones vol. I, p. 114 ss.

(3) Esto lo hace notar con razón Burckhardt, I, 291.

trastes no se halló, sin embargo, hasta la época de la restauración católica (1).

Un influjo particularmente peligroso de la Antigüedad, fué el haber comunicado á la época del Renacimiento su género de superstición; bien que juntamente influyeron, sin embargo, elementos arábigos, los cuales habían desempeñado ya un gran papel con el Emperador Federico II (2).

La más extensamente difundida forma de superstición era la *Astrología*, la cual se presentaba las más veces íntimamente enlazada con la Astronomía. Petrarca había en su tiempo combatido animosamente la Astrología, pero no obtuvo en manera alguna su objeto; y todo el siglo xv y una parte del xvi, estuvieron dominados por la vana creencia de que podía averiguarse lo porvenir por la posición relativa que en cada momento tienen los planetas entre sí y respecto de los signos del Zodíaco. Formóse, pues, un complicado sistema que atribuía á cada planeta una muchedumbre de propiedades las cuales se apoyaban, principalmente, en el carácter más ó menos mal entendido de las antiguas divinidades. La gente estaba firmemente persuadida de que ciertos planetas ejercían un influjo decisivo sobre los hombres que habían nacido en el tiempo de su eficacia, condicionada por las diversas constelaciones. Sólo algunos espíritus ilustrados,

(1) En los tomos siguientes daremos todavía más pormenores acerca de estas relaciones.

(2) Para lo dicho en el texto, además de las exposiciones fundamentales de Burckhardt II^o, 279 ss., cf. también las obras siguientes de Gabotto, en las cuales el autor utiliza muchos documentos de archivos y expone nuevas opiniones: *L'Astrologia nel Quattrocento in rapporto colla civiltà. Osservazioni e documenti inediti.* Milano-Torino, 1889. 2. *Nuove ricerche e documenti sull'Astrologia alla corte degli Estensi e degli Sforza*, obra publicada en la revista *La Letteratura*. Torino, 1891. 3. *Bartol. Manfredi e l'Astrologia alla corte di Mantova*. Torino, 1891. 4. *Alcuni appunti per la cronologia della vita dell'astrologo Luca Gaurico*. Napoli, 1892. 5. también Percopo, *Pomponio Gaurico e Luca Gaurico*. Napoli, 1895, y *Giorn. d. lett.* XXIX, 554 s., como también *Arch. st. lomb.* 1897, 462. Zumbini, *L'Astrologia e la mitologia nel Pontano e nel Folengo*, en la *Rassegna crit. d. lett. ital.* II, 1-2. Gabotto, *Merula* 111 s. Casanova, *L'Astrologia e la consegna del bastone al capitano generale della rep. Fiorentina*. Estr. d. *Arch. st. ital.* Firenze, 1895. Meyer, *Der Aberglaube des Mittelalters und der nächsten Jahrhunderte* (Basilea, 1884) 5 ss. Gallardo, *Bibl. Española* II, 514 (impresiones italianas de obras sobre la astrología). *Grässe* III, I, 936. Cian, *Cortegiano* 34. Schmarow, *Melozzo* 87. Uzielli 214 s. Rohr, en las *Hist.-pol. Bl.* CXVIII, 822 s. Gudemann demuestra que los judíos de Italia se dedicaban también á la astrología.

como señaladamente Pío II, se mantuvieron exentos de toda superstición. En la mayor parte de las Universidades, junto á la Astronomía se habían constituido profesores especiales de Astrología, los cuales establecieron sistemas enteros de aquella ciencia vana. En ninguna Corte de Italia faltaba su astrólogo, y en algunas, como por ejemplo en Mantua, llegó á haber varios. Casi todas las resoluciones importantes de los soberanos, y aun los más insignificantes negocios, como los viajes de las personas principales, el recibimiento de embajadores extranjeros, el tomar una medicina, se determinaron consultando á las estrellas. Aun los más atrevidos capitanes de mercenarios del siglo xv, como Bartolomé Alviano, Bartolomé Orsini, Paulo Vitelli, estaban poseídos de la firme creencia en la Astrología (1). Principalmente floreció esta vana ciencia en Padua, Milán y Bolonia. En todas partes se arraigaban las preocupaciones astrológicas, en los calendarios y en la Medicina, en los vaticinios populares y en las imaginaciones del vulgo (2). «Se llegó á tal extremo, dice Roberto de Lecce en sus sermones, que sin consultar á las estrellas nadie se atrevía ya á comer, á ponerse vestidos nuevos, ni generalmente, á emprender cosa alguna» (3). La Astrología estaba tan íntimamente enlazada con la vida italiana que, aun varios papas, como Sixto IV, Julio II, León X, y todavía más adelante Paulo III, se inclinaron ante los prejuicios de su época (4). Un cardenal fué causa de que se dedicara á Alejandro VI una obra «Sobre la divina ciencia de la Astrología» (5). El gran Cristóbal Landino esperaba seriamente conocer por las estrellas el porvenir de la Religión cristiana; el piadoso Domenico de' Domenichi pronunció un discurso en alabanza de la Astrología y para defenderla de sus adversarios (6). El erudito latinista y médico Paulo Toscanelli, que vivió como un santo asceta, sirvió de astrólogo á los Médici y al

(1) Gabotto, *L'Astrologia* 8.

(2) V. en la *Quidde's Zeitschrift* VIII, 63, el interesante artículo de v. Bezdold sobre la construcción de la historia por medio de la astrología. Cf. también Gabotto, *Notizie ed Estratti del poemetto inedito «de excellentium virorum principibus»* di Antonio Cornazzano (Pinerolo, 1889) 15 s.

(3) Rob. de Latio, *Quadrag. de peccatis* 43.

(4) Es dudoso, si Paulo II se dedicaba también á la astrología; v. nuestras indicaciones en el vol. IV. Sobre Sixto IV, v. también Gabotto, *Merula* 113, nota.

(5) Audiffredi 343.

(6) Villari, *Savonarola* (edición alemana) I, 243; cf. Machiavelli I, 200 y Skaife 145 s. Sobre Domenichi, v. nuestras indicaciones en el vol. IV.